

sangre. Esta hemoglobina de los glóbulos rojos contiene hierro, y el hierro capta el oxígeno en los pulmones y lo lleva a los tejidos, para que puedan renovarse. He ahí el objeto de estas crónicas, un poco de aire de *afuera* que inspirar, mientras llueve y no truena ni relampaguea en diciembre en Bogotá.

RODRIGO PÉREZ GIL

Una excursión al Medellín del “Patrón”

La mujer de los sueños rotos

María Cristina Restrepo

Seix Barral, Bogotá, 2009, 325 págs.

En uno de sus “Ecolios”, Nicolás Gómez Dávila describe la época que le tocó vivir como un tiempo en el que, cito de memoria y sin garantía de literalidad, “el rico vive su riqueza con avidez de pobre enriquecido y el pobre su pobreza con desesperación de rico empobrecido”. Ello contrasta, según Gómez Dávila, con otros tiempos en los que cada quien aceptaba con naturalidad la posición que le había tocado ocupar en la sociedad —como dada por Dios— y procuraba hacer lo mejor de ella.

El texto de Gómez Dávila es uno de muchos ejemplos que se pueden encontrar en su obra de rechazo visceral a la modernidad y a la movilidad social, una de las manifestaciones que él percibe no tanto como un proceso de liberación de los individuos sino, ante todo, como una fuente de inseguridades y de angustias. Sin duda, el pensamiento absolutamente reaccionario de Gómez Dávila —no se trata de una acusación, era él quien usaba esa palabra para definirse— es un extremo frente al cual la gran mayoría de los lectores actuales se sienten irritados, pues si se lleva hasta las últimas consecuencias, conlleva un rechazo a la

democracia y a todos los procesos liberadores que se han dado desde el siglo XVIII.

Sin embargo, tal vez pueda decirse que el texto de Gómez Dávila refleja con bastante precisión parte de una sensación común en ciertas clases sociales ante el advenimiento de clases emergentes que, muchas veces, terminan superándolas en capacidad económica. El rechazo al nuevo rico, tal vez un *leitmotiv* en toda la cultura occidental, suele mezclarse con cierta fascinación ante el ascenso social ajeno.



Los nuevos ricos, por su parte, suelen esforzarse por ser aceptados por las clases establecidas, aprender sus códigos culturales y sociales y en ese esfuerzo tienden a reconocer cierta superioridad de los otros pese a que permanentemente se repiten que son ellos los que tienen un mérito verdadero por haber alcanzado todo lo que tienen con su propio esfuerzo. Por eso, ese deseo de asimilación se mezcla con cierto gusto en pisotear esos códigos de cuando en cuando y por hacer sentir a los viejos ricos, que en muchas ocasiones cuando se miran de cerca no son tan ricos, que son ellos los que verdaderamente necesitan a los emergentes.

Releo lo escrito hasta aquí y no puedo evitar la sensación de que me estoy metiendo en camisa de once varas porque la novela de la que tengo que hablar —*La mujer de los sue-*

ños rotos de María Cristina Restrepo— tiene claramente que ver con el tema del ascenso de nuevas clases sociales, pero en un contexto muy concreto. Se trata del Medellín de los años ochenta, marcado por todo lo que significó el auge del narcotráfico. En la novela hay un personaje que se hace llamar el Patrón y que, aunque tiene otro nombre, lo tiene también todo para ser identificado con Pablo Escobar.

En aquel contexto, muchos de los ricos emergentes habían conseguido su riqueza a través de prácticas claramente criminales y otros, beneficiándose indirectamente de las fortunas de los capos de la droga. Es claro que no todo fenómeno de movilidad social —individual o colectiva— tiene un origen criminal. Tampoco el deseo de ascenso social —es decir, lo contrario a la resignación que en cierta manera predicaba Gómez Dávila— puede verse como algo ilegítimo que necesariamente termina llevando al crimen. Incluso puede decirse que el deseo de ascender suele ser el motor de progreso de las sociedades, que impide, por la presión de las clases medias, que las elites se anquilosen. Todo eso es cierto. Pero no es menos cierto que en sociedades en que, para muchos, los canales legítimos de ascenso social son difíciles de alcanzar, a muchos la falta de perspectivas pueden terminar llevándolos al crimen como camino para tratar de llegar al lugar que quieren alcanzar.

Tal es el caso del personaje tal vez más interesante de la novela de Restrepo, un hombre que se hace llamar Jamison Ocampo que, a la sombra del Patrón, ha acumulado una gran fortuna y ha llegado a ser jefe de una poderosa banda de sicarios desde donde goza de su poder y la conciencia de que ha llegado a ser más rico que todos aquellos a los que quería parecerse. Su nombre real es Pedro Luis Jaramillo y es hijo de una pareja de campesinos que tuvo que dejar el campo por la violencia y terminó viviendo en el barrio Aranjuez de Medellín. Aunque el lector conoce a Jamison Ocampo cuando ya es rico, y lo ve

por primera vez rematando unos cuadros de Luis Caballero en una subasta, más tarde lo ve también en su infancia, cuando su padre —un hombre del que en la novela se da una visión completamente idealizada— lo lleva a conocer el centro de la ciudad para que vea “que no todos tienen que soportar lo que nosotros soportamos”. Poco a poco nos enteramos de otros detalles de su biografía, su deseo de codearse con la alta sociedad, la muerte de su padre en un accidente que lo deja a él a cargo de sus hermanos menores y de su ascenso, hasta convertirse en el hombre de confianza del Patrón.



Jamison Ocampo es un asesino despiadado —hay pasajes de la novela que no dejan ninguna duda— pero a veces hay un esfuerzo narrativo por comprenderlo y por ver aspectos de su personalidad que hasta cierto punto tienden a justificarlo. Jamison, se dice en alguna parte de la novela, era un buen hijo. Y de hecho la preocupación por su madre y sus hermanas es extrema, aunque tampoco tiene problemas en matar a uno de sus cuñados cuando éste trata de extorsionarlo.

Jamison Ocampo es, en cierta medida, el revés del personaje central de la novela, Laura Martínez —a ella hay que identificarla con la mujer de los sueños rotos a que se refie-

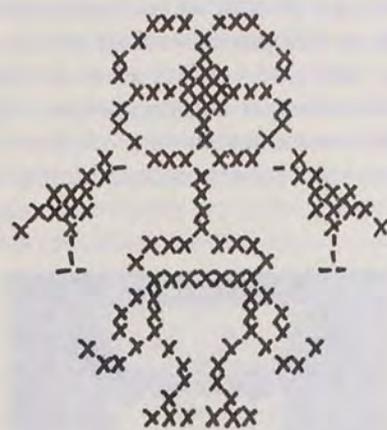
re el título— desde cuya perspectiva se cuenta en buena parte la historia de su novela y trata de entenderse lo que ocurrió en Medellín, y en buena parte en toda Colombia, durante los años ochenta. “Medellín parecía una caja de Pandora, abierta para derramar sobre el mundo todos los males creados por el hombre” (pág. 225), se dice en un momento.

Laura Martínez es una mujer de la clase alta tradicional de Medellín, casada y con dos hijos, y que siente que todo el mundo en el que creció y en el que se sentía protegida ha quedado completamente descoyuntado por el ascenso del narcotráfico. Y no se trata sólo de que ese mundo haya invadido los espacios habituales de su infancia sino que también ha transformado a mucha gente de su propio entorno que se acerca mucho a ese universo que representan Jamison Ocampo y el Patrón.

El padre de Laura, Mario Martínez Tobón —un patriarca antioqueño respetado y con cierta influencia, pero con una fortuna claramente menor a la que creen muchos— no se deja involucrar en ese universo emergente. El marido de Laura, Juan Camilo Mejía, sí está metido lateralmente en ese mundo —tiene una concesionaria de automóviles y entre otras cosas vende blindajes para carro— al igual que su hermano Esteban Mejía, que trabaja en finca raíz y tiene entre sus clientes al Patrón y gente de su entorno.

Los Mejía son hijos de un matrimonio dispar. El padre es un hacendado que ha perdido sus tierras en el Sinú —han sido expropiadas por el Incora— y que no puede administrar más que desde la distancia —y a través de un mayordomo que probablemente lo estafa— sus tierras del Magdalena Medio debido a las amenazas de la guerrilla. La madre, Nancy Lou de Mejía —un nombre normal para una región que ha producido todos los John Jairos de este mundo— es una mujer que ha logrado ascender socialmente a través del matrimonio, tras haber nacido como hija de un carnicero de pueblo y que no se siente plenamente aceptada por la clase alta de Medellín. Uno de sus máxi-

mos orgullos es que Esteban se haya casado con Marcela Lalinde, hija de un millonario antioqueño que vive en Nueva York y cuya fortuna no tiene nada que ver con los negocios de las nuevas elites salidas del narcotráfico.

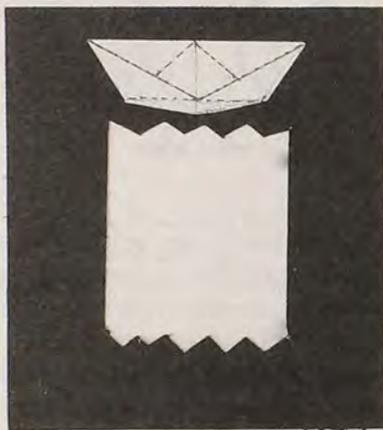


El matrimonio de Juan Camilo es aceptado por Nancy, pero no con excesiva emoción. Y de su propio matrimonio está un poco decepcionada, pues ve que la buena estrella de su marido está decayendo. Mientras que los problemas de los Mejía con su propia familia no son grandes, sí tienen grandes conflictos con sus familias políticas.

Juan Camilo es una provocación permanente para su suegro por la falta de escrúpulos a la hora de hacer negocios con el narcotráfico. Mientras el suegro insiste en que hay que mantener los principios y que todos los que hacen negocios con “esa gente” algún día se van a arrepentir, Juan Camilo defiende la tesis de que “los tiempos están cambiando”. Juan Camilo es tal vez el personaje más negativo de toda la novela y a medida que ésta avanza el lector se va dando cuenta de su carencia absoluta de principios.

Jamison Ocampo, en un encuentro que tiene con los Mejía, que es clave para el desarrollo de la novela, llega a la conclusión de que los dos hermanos no son tan distintos a él como pudiera creerse. Esa identificación de los nuevos magnates con los nuevos ricos es clave en la novela o, mejor, hubiera debido ser clave si la autora la hubiera desarrollado hasta las últimas consecuencias. La histo-

ria que intentó contar María Cristina Restrepo es la historia de una mujer a la que se le desbarata el mundo o, para decirlo con el título de la novela, a la que se le rompen los sueños. Es decir, que para llevar el tema hasta las últimas consecuencias, habría que mostrar un proceso de desilusión. Ese proceso está ahí, pero tiene más que ver con el acoso de circunstancias externas —que ella sufre en la novela en grado extremo— que con un proceso interno.



En la novela hay una puerta abierta para creer que Laura Martínez intentó escapar de su mundo —y ante todo del de su marido— para construirse nuevos sueños. Se trata de su relación adúltera con un arquitecto, Fernando Pérez, que sirve de marco a la novela. Todo lo que tiene que ver con esa relación, sin embargo, se queda en un plano muy superficial, lo mismo que la crisis matrimonial permanente de Laura Martínez y Juan Camilo Mejía.

Eso es algo que hace que la novela pierda mucho, a la vez que el afán moralizante, que a veces se apodera de María Cristina Restrepo, la lleven a escribir párrafos que tienen más tono de sermón o de editorial de periódico que de narración novelesca. Sin embargo, es interesante el elenco de personajes que Restrepo pone a desfilarse por sus páginas, que en buena medida puede decirse que representan un segmento importante de la sociología colombiana —y especialmente antioqueña— en una época turbulenta.

Hay personajes de los que me hubiera gustado saber más, empezando por Mario Martínez que se empeña en vivir siguiendo unos principios que en esos momentos todos parecen despreciar. Me hubiera gustado también saber más de la misma Laura, que a veces parece esconderse dando muestra de un pudor respetable en la vida privada, pero absurdo ante un lector de novelas. Así, por ejemplo, no sabemos nada de los impulsos interiores que la llevan al adulterio ni de la relación que ella tiene con su propio cuerpo.

Tampoco la idea clave de la novela, el parecido esencial entre los Mejía y los sicarios, tiene un desarrollo convincente desde la óptica de Laura Martínez.

RODRIGO ZULETA

El ocio llevado a lo intrascendente

Ella, que todo lo tuvo

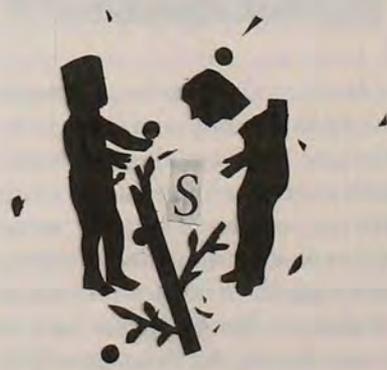
Ángela Becerra

Planeta, Barcelona, Bogotá, 2009, 422 págs.

Entre los varios subgéneros de ficción literaria se da uno de la mayor intrascendencia, destinado a la clase media semiletrada y a las librerías de aeropuerto, que constituyen la principal clientela de las editoriales internacionales. En la actualidad de esta nota la literatura no está orientada por grandes escritores, sino por los libreros y editores, dedicados a manejar un producto que debe venderse en seis meses mediante una rápida campaña publicitaria. El librero actual no debe tener en su establecimiento obras del año anterior, porque eso le deja pérdida. Los clásicos antiguos y modernos son expulsados de las bibliotecas. Hoy sólo hay lectores para la novedad publicitada que suministra los asuntos del día. Por ese sistema la mediocridad se ha apoderado de

la cultura en el mundo pseudointelectual de los medios electrónicos. Se confirma en las bibliotecas públicas: un ejemplar de cualquier obra importante que no haya sido leído en cuatro años va desahuciado como material de reciclaje porque su conservación implica costos, sin que la calidad signifique algo en la desacreditada profesión de bibliotecólogo, y aunque se trate de ediciones de lujo, o ediciones príncipe de buen precio en el comercio especializado.

Por supuesto que el editor necesita aprovechar todos los filones comerciales de nivel popular, fáciles de vencer. Y así resulta la llamada literatura ociosa, para pasar el tiempo aquellas personas que no tienen nada mejor que hacer. Existen diferentes clases de ficción en la narrativa, entre ellas dos bien definidas: historias truculentas para el que se deje enredar en ellas, que no agregan nada a la vida del lector; y la vieja novela lírica de amor, rosa o *light*, como pasatiempo para señoras desocupadas. Novelones melodramáticos con algo de Corín Tellado, que la propaganda vende para un público reconocido, que el lenguaje empresarial denomina *consumidor*. Que en eso haya venido a parar la industria del libro confirma la decadencia de la cultura en esta parte del mundo.



La obra a que se refiere esta reseña obtuvo el Premio Iberoamericano de Narrativa Planeta-Casamérica 2009, concedido por un jurado internacional reunido en México con tal motivo. Debía, obviamente, evaluar el texto desde el